

Miradas contrapuestas

Francisco Martínez Hoyos

El museo del Quai Branly de París expone “El inca conquistador”

¿Encuentro o encontronazo? Desde el primer momento, la conquista española de América generó una polémica que cinco siglos después no tiene visos de concluir. Dos fueron los grandes territorios que sucumbieron ante el empuje de aquellos extraños seres que lucían vestimentas de hierro y cabalgaban sobre animales monstruosos, los caballos. Acerca del primero, México, pudimos profundizar en la gran exposición dedicada a Hernán Cortés, organizada en Madrid por el Canal de Isabel II. Al segundo, Perú, le llega ahora su momento con “El inca y el conquistador”, del Quai Branly de París, que podrá visitarse hasta el próximo 20 de septiembre. El museo francés continúa así con su línea de dar a conocer las culturas de otros continentes.

Los relatos de la conquista, bien de testigos oculares o elaborados tiempos después, estructuran una muestra que destaca la obra de dos cronistas: Felipe Guamán Poma de Ayala, por la parte indígena, y Martín de Murúa, del lado español. Sus obras vienen complementadas por una magnífica colección de pinturas, mapas, grabados y artesanía, en la que tampoco faltan las armas y las armaduras. En un primer bloque temático, estos objetos presentan, de forma independiente pero relacionada, dos universos destinados a colisionar. Todo con un enfoque didáctico y ecuánime, ajeno a los tradicionales maniqueísmos de la leyenda negra y la leyenda rosa.

El Quai Branly sigue la metodología del British Museum, tomar a un hombre poderoso como punto de partida para explicar un contexto político. En este caso, seguimos un discurso articulado alrededor de dos grandes



figuras: Atahualpa, gobernante de un imperio que se extendía desde Chile hasta Colombia, y Francisco Pizarro, un soldado extremeño ansioso de gloria. Al entrar, el espectador contempla sus respectivos retratos. Un lienzo anónimo del siglo XIX muestra al soberano precolombino; un cuadro de la misma centuria, de Amable-Paul Coutan, al conquistador. Lástima que, en ninguno de los dos casos, podamos asegurar su exactitud fisionómica. La pintura de Coutan fue un encargo del rey Luis Felipe de Francia, basada en un original del siglo XVII a falta de referencias contemporáneas.

Poco tenían que hacer, a primera vista, unos pocos españoles, apenas 180 hombres, frente a un estado que gobernaba más de diez millones de personas. ¿Se habían metido en la boca del lobo? En realidad, se hallaban frente a un estado más frágil de lo que parecía. Tras la muerte del último emperador, Atahualpa se había impuesto a su hermano Huáscar en una guerra civil. Como en otras latitudes, los recién llegados explotaron en beneficio propio las divisiones indígenas. No obstan-

te, sabían que nunca conseguirían imponerse sin una audacia ilimitada. En el espectacular golpe de mano de Cajamarca, Pizarro apresó al hijo del Sol. Tras obligarle a pagar un rescate astronómico, varias toneladas de oro y plata, ordenó su condena a muerte.

La comunicación entre incas y españoles se vio obstaculizada por sus distintos códigos culturales. Cuando los primeros ofrecieron de beber a sus huéspedes, entendieron su negativa —temían ser envenenados— como una declaración de guerra. Los segundos, al ver cómo el soberano indígena arrojaba la Biblia al suelo en un gesto de desprecio, creyeron tener razón para recurrir a la fuerza. En un segundo apartado, la exposición da cuenta de esta toma de contacto traumática de la que se derivarían profundos cambios políticos, económicos, culturales y religiosos.

La victoria española no supuso la paz. Los conquistadores se lanzaron entonces a una cruenta guerra civil en la que pereció el mismo Pizarro, asesinado por los suyos. Los incas, a su vez, no se resignaron a someterse a los extranjeros. Por ello robaron el cuerpo de Atahualpa, convertido ahora en una momia sagrada. Su culto expresó no sólo un sentimiento religioso, también una disidencia política.

De esta manera nació una sociedad mestiza, aunque llena de contradicciones que persisten hasta hoy, como puede apreciarse en la discriminación que sufren los “cholos”. Basta fijarse en que los clientes de los grandes almacenes de Miraflores, o del mítico restaurante limeño La Rosa Náutica, no reflejan la diversidad étnica que caracteriza al conjunto de la sociedad peruana. El encuentro de hace quinientos años, en la práctica, aún no se ha producido del todo.